

## **El difícil arte de perseverar**

Yolanda Zamora

Durante el pasado mes de enero de 2014, nuestro (y con toda intención hablo del posesivo en plural: nuestro), programa radiofónico de periodismo cultural “A las 9 con Usted...” cumplió 30 años de estar al aire en forma ininterrumpida. Nació un 15 de enero de 1984, con la presencia del Coro infantil Xochiquetzal, a través de los micrófonos de las Radiodifusoras Culturales del Gobierno de Jalisco, y a la fecha el programa continúa, ahora también en televisión y redes sociales.

De ninguna manera voy a hablar en este artículo sobre la historia de nuestro programa, lo cual no dejaría de ser un protagonismo ocioso; sí quiero, en cambio, aprovechar una fecha coyuntural, el aniversario del programa, como pretexto para reflexionar sobre la importancia de los proyectos que nos vinculan como seres humanos, y hacerlo con base en la experiencia de todos estos años.

La pregunta surge naturalmente: ¿Cuál es la razón de la permanencia a lo largo de tantos años de este programa? Y, ¿cómo es que el auditorio lo hizo suyo y continúa privilegiándonos con su inteligente escucha y sensibilidad?

La respuesta no tiene nada de excepcional y es bastante sencilla: Porque estamos hablando de un proyecto colectivo en el que más importante que el “yo” es el “nosotros”.

Recuerdo muy bien, hace de ello muchos años, durante una charla, cuando el escritor zapotlense Juan José Arreola, cuya amistad fue un privilegio para mí, me dijo: “¿Un programa de una hora diaria? ¡No hay cultura que resista!”.

Claro que no hay cultura que resista. Qué razón tenía el Maestro Arreola. Un proyecto, por bien construido que parezca, fundado en una sola persona, ¡qué soberbia! no puede ir muy lejos. Entonces, nuestro programa no se constituyó sobre una sola persona, de ninguna manera, sino con base en un valiosísimo grupo de colaboradores, intelectuales y artistas, de diversas disciplinas, que compartieron los micrófonos, que hablaron con pasión y entusiasmo de sus respectivas especialidades: música, literatura, teatro, cine, filosofía, artes populares, pintura, escultura, danza...

Año con año, el programa se reinventa, el proyecto se redefine, las voces se enriquecen, y poco a poco, este proyecto colectivo empezó a convocar, casi seductoramente, en el mejor sentido del adverbio, a los radio-participantes que también se sintieron, y lo son, parte de un grupo humano, en el que se asumen como receptores inteligentes, sensibles, únicos y plurales, con derecho a coincidir o a disentir, con base en su libre albedrío.

Perseverar, no es sólo acumular años. El verbo perseverar nos habla de continuidad, sí, pero con base en un esfuerzo siempre renovado, en una decisión que enfrenta la tan humana fatiga causada casi siempre por el ir contracorriente; con base en un decir ¡no! al desaliento, aun cuando la realidad no sea del todo satisfactoria; con base en la convicción de que, si bien es bienvenido, no se necesita el éxito para continuar, porque en el camino mismo está la plenitud del servicio y no tanto en el momento de la llegada, o en los resultados obtenidos.

Perseverar no admite el fracaso como pretexto para renunciar, perseverar es continuar con valentía, pasión y voluntad, al lado de otros, de los que recibimos entereza, y a los que

damos nuestro servicio. Y aquí aparece la dinámica del don recibido, que exige, necesariamente, una contra-donación también.

Y, ¿dónde encontrar esta fuerza para perseverar? Una vez más, en el rostro del prójimo, en la mirada de esos otros que comparten un proyecto, que lo reciben, que le dan sentido, que lo cuestionan, que lo critican incluso, porque una vocación encuentra sentido en el servicio a los demás.

Los seres humanos estamos aquí, en esta tierra, para darnos la mano, para unir voluntades, para luchar por metas en común, para colocar al centro, como prioridad, llamémosle así, “el bien común”, antes que el bien personal. Más aún, corrijo, no hay bien personal si no se privilegia el bien común, el bien común.

Siempre me ha llamado la atención un juguetito de niños, que consiste en una pequeña perinola, (o perindola, le llaman también), que es una especie de peonza con seis caras planas, en cada una de las cuales está escrita una leyenda, y que se hace girar con el dedo índice y el pulgar, en medio de una ronda de jugadores, y al detenerse cae sobre una de sus caras. El jugador en turno hará lo que la suerte le depara: Toma dos... toma uno... todos ponen... pon tres... y los jugadores van poniendo al centro uno, dos, tres frijolitos (o dulces, o canicas...), y eventualmente toman también uno, dos, o tres habichuelas, o dulces, o canicas... pero, ¡cuidado! Resulta que siempre hay un vivales, que “¡Toma todo!” y se aleja corriendo, dejando a todos los demás mirando sorprendidos. El problema está en los que optan por el “toma todo”, sobre las necesidades de los demás.

¿No serán las grandes y pecaminosas fortunas en el mundo, producto de estos juegos de “toma todo” y deja a pueblos enteros, en la miseria? (No lo sé, yo sólo lo pregunto).

La realidad es que en nuestro mundo, la suerte la construimos nosotros, los seres humanos, y aunque no es nada afortunada la metáfora del ganar o perder, podemos trasladarla al ganar o perder en términos humanos. Al poner nuestro trabajo al centro, al “bien común”, crecemos en amor, en generosidad, en experiencia, en satisfacción, en alegría, en gozo... en humanidad.

Sí, es verdad que en estos momentos, el mundo se estremece, tiembla, se sacude, sufre... y no podemos esperar que caiga del cielo, como maná en el desierto, la solución a todos los problemas de nuestro planeta. Pero sí, concretamente, podemos participar de la solución, convertirnos cada uno, en agentes de cambio social; es decir, unir esfuerzos en proyectos colectivos, elegir un grupo social, una organización, con-¡movernos! y unir nuestras manos para encontrar, en el camino, junto con otros, la fuerza necesaria para perseverar.